



Por Nicolás Lynch

El fracaso de los "moderados"

El fracaso de la censura a la Mesa Directiva del Congreso el jueves pasado y la contraofensiva fujimorista consecuente demuestran el también fracaso de la supuesta táctica "moderada" que enarbolaran Lourdes Flores y Fernando Olivera, con el significativo apoyo del gobierno de los Estados Unidos, para conducir la transición a la democracia. Una cosa, por lo menos, habrá quedado establecida para todos los opositores: que no hay transición posible si se deja en el control a Fujimori y sus prolongaciones militares, parlamentarias y judiciales. Lo curioso, sin embargo, sigue siendo que esta certeza, clara para la ciudadanía en todo momento, haya tardado tanto en convencer a algunos políticos opositores que a pesar de su arrojo para la denuncia tienen una inveterada tendencia a pactar con el fujimorismo sin conseguir nada para la democracia.

Por lo demás, esta división de los opositores entre moderados y radicales, que tiene su origen en las filas del régimen, no es sino una invención interesada que busca calificar como moderados a los que estarían más cerca de la dictadura y como radicales a los demócratas persistentes. La realidad es que aquí los únicos radicales son los fujimoristas que están por el gobierno arbitrario del poder oculto, los demás queremos la vuelta, simple y llana, al Estado de Derecho. No puede haber posición más moderada que esta última en el mundo contemporáneo.

Empero, estos incidentes nos recuerdan que el régimen no se ha roto todavía entre "duros" y "blandos" como suele suceder con los autoritarismos cuando están por iniciarse las transiciones. No hay pues blandos en los cuales apoyarse para golpear a los duros que se opongan a la democratización. Hoy, los cuentos de que la cúpula militar amenaza con un golpe si no le hacen caso, aparecen más falsos que nunca. Fujimori y sus allegados, militares incluidos, siguen siendo una y la misma cosa, pilotados por Montesinos vía telefónica desde Panamá. Y esta ruptura no se ha producido aún porque, a diferencia de otros autoritarismos, el nuestro parece tener como ingrediente central la corrupción, extendida y manifiesta, cuyos tentáculos abrazan a tantos dentro del gobierno que romper con el pacto de la cochina ha probado ser más difícil que hacer caso a la indignación popular.

Este aferramiento al poder, sin embargo, configura hoy un gobierno más débil que el de hace una semana, con las dramáticas consecuencias que esto tiene para nuestra vida económica, social y política. Esta debilidad es flagrante hasta en la actitud personal de Fujimori, que en medio de la crisis prefiere salir del país en visitas "privadas" que encontrar en el Perú la inspiración necesaria para apartarse de la escena.

Hay pues necesidad de avanzar en otros ámbitos y a otros ritmos que no son los del Congreso ni los de la mesa de la OEA. Me refiero a la necesidad de volver, masivamente, a la movilización ca-

**Luego de lo ocurrido
en el Congreso,
no hay disculpa
posible para
continuar en
los cubileteos
de alturas**

llejera que ha probado ser hasta hoy el único espacio en el que la oposición cosecha victorias. Lo que se consiga desde la calle permitirá acuerdos beneficiosos para la democracia que eventualmente se negocien entre las dirigencias políticas, pero no al revés. Luego de estos sucesos no hay entonces disculpa posible para continuar en los cubileteos de alturas y los que insistan se revelarán como quintacolumnistas que le hacen el juego abiertamente al régimen.

Estos hechos ponen también sobre la mesa la única orientación posible para poder abrir el camino de la transición: la renuncia de Fujimori y un gobierno provisional que genere la confianza necesaria entre el conjunto de los actores políticos para poder realizar elecciones limpias. Hoy más que nunca la confianza en los gobernantes se ha convertido en un asunto crucial para salir del atolladero. Haría bien por ello la oposición en erguirse de una vez por todas, no sólo en liderazgo movilizador, sino también en alternativa explícita de gobierno del Perú, para que no queden dudas de que representa el nuevo orden democrático del futuro.